

1er. y 2º Capítulos

A tres metros sobre el cielo

Federico Moccia



La primera novela de Federico Moccia,
autor de *Perdona si te llamo amor*

Federico Moccia

A TRES METROS SOBRE EL CIELO

Traducción de M.^a Ángeles Cabré

*A mi padre, un gran amigo que me ha enseñado mucho.
A mi madre, guapísima, que me ha enseñado a reír.*

Uno

«Cathia tiene el mejor culo de Europa.»

El *grafitto* rojo brilla con toda su desfachatez sobre una columna del puente de la avenida Francia.

Cerca, una águila real, esculpida mucho tiempo atrás, seguramente ha visto al culpable pero no hablará nunca. Algo más abajo, como un pequeño aguilucho protegido por las rapaces garras de mármol, está sentado él.

El pelo corto, casi a cepillo, rebajado en la nuca como el de un marine y una cazadora Levi's de color oscuro.

El cuello levantado, un Marlboro en la boca y las Ray-Ban en los ojos. Aspecto de duro, aunque no lo necesita. Tiene una sonrisa preciosa, a pesar de que son pocos los que han tenido oportunidad de poder apreciarla.

Tras el paso de cebra, algunos coches se han detenido amenazadores en el semáforo. Ahí están, en fila, como en una carrera, si no fuera por su variedad. Un Cinquecento, un New Beatle, un Micra, un coche americano sin identificar y un viejo Fiat Punto.

En el interior de un Mercedes 200, un delgado dedo con las uñas mordidas da un leve empujón a un CD. En los altavoces Pioneer laterales, la voz de un grupo de rock cobra vida repentinamente.

El coche se pone de nuevo en marcha siguiendo la marea. Como dice la canción, ella también quisiera saber *¿Dónde está el amor?* Pero ¿existe realmente? De una cosa está segura, prescindiría gustosa de su hermana, quien desde atrás sigue repitiendo con insistencia: «Pon a Eros, venga, quiero escuchar a Eros.»

El Mercedes pasa precisamente cuando el cigarrillo, ya terminado, cae al suelo, empujado por un impulso certero y ayudado por un soplo de viento. Él baja por la escalera de mármol, se acomoda sus Levi's 501 y después se sube en la Honda azul VF 750 Custom. Como por arte de magia, se encuentra de pronto entre los coches. Su Adidas derecha cambia las marchas, embraga y deja ir el motor, que, potente, lo empuja entre el tráfico como una ola.

El sol está saliendo y es una bonita mañana. Ella se dirige a clase; él aún no se ha acostado. Un día como otro cualquiera. Pero en el semáforo se encuentran el uno al lado del otro. Y a partir de ese momento, ya no será un día cualquiera.

Rojo.

Él la mira. La ventanilla está bajada; un mechón de pelo rubio cenziza descubre levemente su cuello suave. Un perfil amable pero decidido, los ojos azules, dulces y serenos, escuchan soñadores y entorizados una canción. Tanta calma le impresiona.

—¡Eh!

Ella se vuelve hacia él, sorprendida. Él sonrío, inmóvil junto a ella, en aquella moto, los hombros anchos, las manos tempranamente bronceadas, pues están a mediados de abril.

—¿Te apetece dar un paseo conmigo?

—No, tengo que ir a clase.

—¿Y por qué no haces ver que vas y te recojo delante de la escuela?

—Perdona —ella exhibe una sonrisa forzada y falsa—, pero me he equivocado de respuesta: no me apetece ir a dar un paseo contigo.

—Pues te divertirías...

—Lo dudo.

—Resolvería todos tus problemas.

—Yo no tengo problemas.

—Ahora soy yo el que duda.

Verde.

El Mercedes 200 se pone en marcha dejando que la sonrisa segura de él se desvanezca. El padre se vuelve hacia ella:

—Pero ¿quién era ése?, ¿un amigo tuyo?

—No, papá, sólo un cretino...

Algunos segundos después la Honda se sitúa de nuevo junto al coche. Él se agarra a la ventanilla con la mano izquierda y con la derecha da un poco de gas, para no hacer demasiado esfuerzo, aunque con ese pedazo de brazo no debería suponerle muchos problemas.

El único que parece tener alguno es el padre.

—Pero ¿qué hace ese inconsciente? ¿Por qué se pega tanto al coche?

—Tranquilo, papá, yo me ocupo...

Se vuelve decidida hacia él:

—Oye, ¿es que no tienes nada mejor que hacer?

—No.

—Pues búscatelo.

—Ya he encontrado algo que me gusta.

—¿Y se puede saber qué es?

—Ir a dar un paseo contigo. Vamos, te llevo a la calle Olímpica, corremos un poco con la moto, te invito a comer y luego te devuelvo a la salida de clase. Te lo juro.

—Me temo que tus juramentos valen bien poco.

—Eso es cierto —sonríe—. ¿Ves?, ahora que sabes tantas cosas de mí, confíesalo, ya empiezo a gustarte, ¿eh?

Ella se ríe y sacude la cabeza.

—Vamos, ya basta —dice, y abre un libro que ha sacado de la bolsa Nike de piel—. Ahora debo concentrarme en mi verdadero y único problema.

—¿Cuál es?

—El examen de latín.

—Creía que era el sexo.

Ella se vuelve, molesta. Esta vez ya no sonríe, ni siquiera de mentira.

—Quita la mano de la ventanilla.

—¿Y dónde quieres que la ponga?

Ella pulsa un botón.

—No puedo decírtelo: mi padre está presente.

La ventanilla eléctrica empieza a subir. Él espera hasta el último instante y después aparta la mano.

—Nos vemos.

No le da tiempo a oír su seco «No». Tuerce ligeramente hacia la derecha, toma la curva, escala con las marchas y desaparece veloz entre los coches. El Mercedes prosigue su viaje, ahora más tranquilo, hacia el colegio.

—Pero ¿tú sabes quién es ése? —La cabeza de la hermana asoma repentinamente entre los dos asientos—. Lo llaman Matrícula de Honor.

—Para mí es sólo un idiota.

Después, abre el libro de latín y empieza a repasar el ablativo absoluto. De repente, deja de leer y mira hacia afuera. ¿Es ése realmente su único problema? Por descontado, no es el que dice ese tipo. Y de todos modos, no va a volver a verlo. Retoma la lectura decidida. El coche gira a la izquierda, hacia la escuela Falconieri.

«Sí, yo no tengo problemas y no volveré a verlo nunca más.»

En realidad, no sabe lo mucho que se está equivocando. Sobre ambas cosas.

Dos

La luna asoma alta y pálida entre las últimas ramas de un árbol frondoso. Los ruidos, extrañamente lejanos. Desde una ventana llegan algunas notas de una música lenta y agradable. Algo más abajo, las líneas blancas de la pista de tenis brillan rectas bajo la palidez lunar y el fondo de la piscina vacía espera triste el verano. En un primer plano del bloque de apartamentos, una chica rubia, no demasiado alta, con los ojos azules y la piel aterciopelada, se mira indecisa al espejo.

—¿Necesitas la camiseta negra elástica de Onyx?

—No sé.

—¿Y los pantalones azules? —grita Daniela desde su habitación.

—No sé.

—Y las mallas, ¿te las pones?

Ahora Daniela está inmóvil frente a la puerta mirando a Babi, que tiene los cajones del dormitorio abiertos y la ropa esparcida por todas partes.

—Entonces cojo esto...

Daniela avanza entre algunas Superga de diversos colores esparcidas por el suelo, todas del treinta y siete.

—¡No! Eso no te lo pongas porque le tengo cariño.

—Me lo llevo igualmente.

Babi se levanta de pronto con los brazos en jarras:

—Perdona, pero no me lo he puesto nunca...

—¡Pues habértelo puesto antes!

—Sí, para que luego me lo deformes...

Daniela mira irónica a su hermana.

—¿Qué? ¿Estás de broma? Fuiste tú quien se puso el otro día mi falda azul elástica, y ahora tienes que ser adivino para distinguir mis bonitas curvas.

—¿Y eso qué tiene que ver? Esa falda la ensanchó Chicco Brandelli.

—¿Qué? ¿Chicco lo intentó y no me habías dicho nada?

—Hay poco que contar.

—No lo creo, a juzgar por cómo quedó mi falda.

—Tampoco es para tanto. ¿Qué me dices de esta chaqueta azul con la camisa rosa melocotón debajo?

—No cambies de tema. Dime cómo fue.

—Oh, ya sabes cómo son esas cosas...

—No.

Babi mira a su hermana pequeña. Es cierto, no lo sabe. Aún no puede saberlo. Está demasiado rellenita y no hay nada lo bastante bonito en ella para convencer a alguien de que le ensanche una falda.

—Nada. ¿Te acuerdas de que la otra tarde le dije a mamá que iba a estudiar a casa de Pallina?

—Sí, ¿y?

—Pues que en realidad fui al cine con Chicco Brandelli.

—¿Qué?

—La película no era nada del otro mundo y, bien mirado, él tampoco.

—De acuerdo, pero vayamos al quid de la cuestión. ¿Cómo se ensanchó la falda?

—Bueno, hacía diez minutos que había empezado la película y él no dejaba de moverse en su asiento. Pensé: «Este cine es realmente incómodo, pero creo que lo que Chicco quiere es meterme mano.» Y la verdad es que al poco rato fue acercándose más y más a mí y pasó el brazo por encima de mi respaldo. Oye, ¿qué te parece si me pongo el conjunto verde, el que tiene los botoncitos delante?

—¡Sigue!

—Pues eso, del respaldo bajó poco a poco hacia el hombro.

—¿Y tú?

–Yo... nada. Hacía ver que no me daba cuenta. Miraba la película, como interesadísima. Después me atrajo hacia él y me besó.

–¿Chicco Brandelli te besó? ¡Caray!

–¿Por qué te gusta tanto?

–Bueno, es un chico guapo.

–Sí, pero se lo tiene muy creído... Siempre está mirándose al espejo... Bueno, total, que en el intermedio recuperó casi de inmediato su posición inicial. Me invitó a un cornete Algida. La película había mejorado claramente, quizá también gracias a las avellanas del helado... Yo me distraje y de pronto lo encontré con las manos demasiado abajo para mi gusto. Intenté alejarme y entonces él se agarró a tu falda azul, y ahí fue cuando se ensachó.

–¡Qué cerdo!

–Ya, imagínate que no quería soltarla. Y después, ¿sabes qué hizo?

–No, ¿qué hizo?

–Se desabrochó los pantalones, me cogió la mano y me la empujó hacia abajo. Sí, o sea, hacia su cosa...

–¡No! ¡Entonces es realmente un cerdo! ¿Y luego?

–Entonces, para calmarlo, tuve que sacrificar mi cornete. Lo cogí y se lo metí en la bragueta. ¡Si hubieras visto el salto que dio!

–¡Bien, hermanita! ¡Así se hace!...

Ambas estallan en una carcajada. Después Daniela, aprovechando el momento de regocijo, se aleja con el conjunto verde de su hermana.

Algo más allá, en el estudio, sobre un blando sofá de dibujos de cachemira, Claudio se prepara la pipa. Le divierte toda esa parafernalia del tabaco, pero en realidad es sólo un apaño. En casa ya no lo dejan fumar sus Marlboro. Su mujer, una empedernida jugadora de tenis, y sus hijas, demasiado pendientes de la salud, lo riñen cada vez que enciende un cigarrillo; y así fue como se pasó a la pipa. «¡Te da más clase y te hace parecer más reflexivo!», había dicho Raffaella. Claudio reflexionó largo y tendido sobre ello y finalmente decidió que era mejor tener un trozo de madera entre los labios y un paquete de

Marlboro escondido en el bolsillo de la chaqueta antes que discutir con su mujer.

Da una chupada a la pipa mientras recorre con el mando a distancia los distintos canales de televisión. Ya sabe dónde detenerse: algunas chicas bajan por una escalera lateral canturreando una estúpida cancioncita y enseñando sus compactos senos.

—Claudio, ¿estás listo?

En seguida cambia de canal.

—Claro, cariño.

Raffaella lo mira. Él permanece sentado en el sofá, perdiendo parte de su seguridad.

—Vamos, cámbiate la corbata, ponte esta burdeos.

Raffaella abandona la habitación sin posibilidad de discusión. Claudio se deshace el nudo de su corbata preferida. Después, pulsa en el mando el botón número cinco. Pero en lugar de las chicas guapas debe contentarse con una pobre ama de casa que, enmarcada dentro de un alfabeto, intenta hacerse rica. Claudio se pone la corbata burdeos y dedica al nuevo nudo toda su atención.

En el pequeño baño que separa las habitaciones de las dos hermanas, Daniela se está pasando con el lápiz de ojos.

Babi aparece a su lado.

—¿Qué te parece?

Lleva un vestido de flores, rosado y ligero que se le ciñe delicadamente a la cintura, dejando el resto libre de descender, como se le antoje, sobre sus caderas redondeadas.

—¿Cómo estoy?

—Bien.

—Pero ¿no muy bien?

—Muy bien.

—Sí, pero ¿por qué no dices muy bien?

Daniela sigue intentando trazar recta la línea que debería hacer más grandes sus ojos.

—Bueno, a mí no me gusta el color.

—Sí, pero aparte del color...

—No me gustan demasiado las hombreras tan grandes.

–Sí, pero aparte de las hombreras...

–Bueno, ya sabes que no me gustan las flores.

–Ya, pero no las tengas en cuenta.

–Entonces, sí, estás estupenda.

Babi, para nada satisfecha y sin saber siquiera qué hubiera querido que le dijeran, coge el frasquito de perfume Caronne que compró con sus padres en un *duty-free* de regreso de las Maldivas. Al salir, Daniela le grita.

–¡Eh, ten cuidado!

–¡Ten cuidado tú! Yo tardo mucho menos en dejarte un ojo negro.
¡Mira cómo te estás maquillando!

–Lo hago para Andrea.

–¿Qué Andrea?

–Palombi. Lo conocí frente a la escuela. Estaba hablando con Mara y Francesca, las de cuarto. Cuando se marcharon, le dije que yo también iba a su clase. Maquillada así, ¿cuántos años me pondrías?

–Bueno, sí, pareces mayor. Al menos quince.

–¡Pero si ya tengo quince años!

–Difumina un poco aquí...

Babi se humedece el dedo índice con saliva y después lo lleva a los párpados de su hermana para masajearlos ligeramente.

–¡Ya está!

–¿Y ahora?

Babi mira a su hermana con las cejas enarcadas.

–Parece que vayas a cumplir dieciséis.

–Aún no es suficiente, entonces.

–Chicas, ¿estáis listas?

En la puerta de entrada, Raffaella conecta la alarma. Claudio y Daniela pasan veloces frente a ella y, por último, llega Babi. Todos entran en el ascensor. La noche está a punto de empezar. Claudio se arregla el nudo de la corbata. Raffaella se pasa, veloz, varias veces la mano derecha por el pelo. Babi se arregla la chaqueta oscura de anchos hombros. Daniela se mira simplemente al espejo, sabiendo que se encontrará con la mirada de su madre.

–¿Tú no vas demasiado maquillada?

Daniela evita responder.

–Déjalo, como de costumbre llegamos tarde.

Y esta vez, Raffaella cruza en el espejo su mirada con la de Claudio.

–¡Pero si yo os estaba esperando a vosotras, estaba listo a las ocho!

Bajan en silencio los últimos pisos. En el ascensor penetra el olor del estofado de la mujer del portero. Y el sabor de Sicilia se mezcla por un instante con el de esa extraña combinación francesa de Caronne, Drakkar y Opium. Claudio sonríe.

–Es la señora Terranova. Hace un estofado fabuloso.

–Echa demasiada cebolla –es la opinión experta de Raffaella, quien desde hace algún tiempo ha optado por la cocina francesa, con la sincera preocupación de todos y la desesperación de la criada sarda.

El Mercedes se detiene frente al portal.

Raffaella, con un rumor dorado de joyas, recuerdos de aniversarios y navidades más o menos felices, casi siempre muy caros, sube la primera con las dos hijas detrás.

–¿Se puede saber por qué no arrimáis más la Vespa a la pared?

–¿Aún más? Papá, pero es que eres negado para...

–Daniela, no le hables así a tu padre.

–Oye, mamá, ¿mañana podemos ir en Vespa al colegio?

–No, Babi, aún hace demasiado frío.

–Pero tenemos el parabrisas.

–Daniela...

–Pero mamá, todas nuestras amigas...

–Aún tengo que ver a todas esas amigas vuestras que tienen una Vespa.

–Pues a Roberta le han regalado la Peugeot nueva, que corre aún más.

Fiore, el portero, levanta la barrera. El Mercedes espera, como todas las noches, el lento subir de la larga barra de hierro con rayas rojas. Claudio hace un amago de saludo. Raffaella se preocupa sólo de acabar la discusión.

–Si la semana próxima hace más calor, ya veremos.

El Mercedes arranca con una pizca de esperanza de más en el

asiento trasero y un nuevo arañazo en el retrovisor lateral derecho. El portero sigue mirando su pequeña televisión.

–Aún no me has dicho qué tal estoy vestida así.

Daniela mira a su hermana. Lleva unas hombreras excesivamente grandes y, para su gusto, su atuendo es demasiado serio.

–Estupenda.

Sabe perfectamente cómo debe tratarla.

–No es verdad, las hombreras son demasiado grandes y estoy demasiado perfectita, como tú dices. Eres una mentirosa, y ¿sabes qué te digo? Serás castigada por esto. Andrea ni siquiera te mirará a la cara. Es más, lo hará pero con todo ese lápiz de ojos no te reconocerá y se irá con Giulia.

Daniela intenta contestar, sobre todo por lo que respecta a Giulia, su peor amiga. Pero Raffaella las hace callar.

–Chicas, parad o volvemos a casa.

–¿Doy media vuelta?

Claudio sonrío a su mujer, haciendo ver que mueve el volante, pero le basta una mirada para entender que no es el momento.